

Madre María Amparo del Sagrado Corazón



Boletín informativo

1^{er} semestre 2019

Nº 96

*«Yo te espero, Señor, porque las
almas que os poseen gustan an-
ticipadamente de las delicias del
cielo».*

CAMINO DEL CENTENARIO (I)

El 31 de mayo de 2020 se cumplen cien años de la fundación de nuestro Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús. Con este motivo, este año, en dicha fecha, comenzaremos las celebraciones de tan importante efemérides.

Celebrar un centenario supone recordar –etimológicamente volver a pasar por el corazón [*re* (de nuevo) - *cor-dis* (corazón)]– tantos acontecimientos sucedidos no solo a lo largo de estos cien años de itinerario, sino desde que la Divina Providencia iluminó el corazón de madre María

Amparo guiándolo hacia la fundación de un monasterio de clarisas en la villa de Cantalapiedra.

Ciertamente, es Dios quien libremente, porque quiere, realiza sus proyectos de amor y salvación a lo largo de la historia y escoge a algunas almas que serán guía y testimonio de muchas otras.

Entre la infinidad de obras de amor que Dios ha realizado y sigue realizando a lo largo de los siglos, se cuenta también la fundación del monasterio de clarisas de Cantalapiedra, con una finalidad muy concreta y un alma escogida para ello con un carisma también muy determinado. Nada es casual y sí todo obra de la Providencia amorosa de Dios.

El Señor fue preparando el alma de María Amparo para sus designios dotándola de una sensibilidad extraordinaria para las cosas divinas y un deseo inmenso de ser sola y exclusivamente de Dios. Así, a raíz de su primera comunión pudo decir: *«Hice la Primera Comunión cuando tuve nueve años y, después de esta, fue cuando nuestro Señor se hizo presente a mi alma para hacerme obrar como él quería, y de tal modo se introdujo en mi alma y se apoderó de mi voluntad que nunca pude gozar de mi libertad. Un día, si no me engaño, me pareció me decía que quería él ser el único dueño de mi corazón, que si consentía en ello. Le dije que sí, y sin yo comprender ni siquiera sospechar lo que era voto ni tampoco castidad, me sentí impulsada a decir: “Dios mío, hago voto de castidad y os prometo no ofenderos nunca”»* (Autobiografía, ms. 2, 7).

Ese mismo año de su primera comunión, 1899, a 11 de noviembre, le haría la primera revelación sobre la fundación del futuro monasterio de Cantalapiedra: *«Otro día*

estando también delante del Santísimo Sacramento pidiéndole con todo el ardor de mi alma que me hiciera santa para amarle cuanto deseaba, me pareció entenderle que me haría santa cuando yo cumpliera perfectamente su santa voluntad;



y como si quisiera mostrarme parte de ella me pareció ver una cosa bien incomprendible entonces para mí. Era una casa semejante a un convento, pero estaba fundado sobre un río de gracias... Me pareció ver cómo llegaban las almas en figura de palomas a apagar la sed de perfección que el Señor ponía en aquellas sus predilectas, pero no bebían en el río

sobre el que estaba edificada la casa, sino en el mismo Corazón de Jesús que las acogía con amor entrañable. No sabía qué pensar ni qué entender de esta visión que tan honda impresión me estaba haciendo, cuando la bondad de mi Jesús me hizo notar una muchedumbre que me rodeaba; las que estaban más cerca eran religiosas que vestían el mismo hábito que tenemos ahora nosotras, después había religiosos y religiosas de diferentes hábitos, sacerdotes y muchas personas seglares. Me pareció que Jesús me decía: Tú serás la madre casta de esta generación también casta. Y aunque por entonces no me dijo cómo había de realizarse aquello, me lo reveló después de algún tiempo» (Autobiografía, ms. 1, 57-59).

A esa primera revelación siguieron otras en años posteriores que fueron, poco a poco, clarificando el designio de Dios sobre ella. Ella misma lo relata en su *Autobiografía*:

«En el mes de septiembre y octubre de 1912 me había hablado Jesús muy confidencialmente, y con mucho secreto, de la fundación que deseaba hacer para descanso y recreo de su Divino Corazón, y me presentó a aquellas víctimas escondidas, amadas suyas, como hostias sacrificadas a la justicia divina por los pecados, especialmente de los sacerdotes y de las almas que le estaban consagradas.

Me manifestó, pero con todo secreto, que quería emplearme en esta fundación, y quiénes me habían de ayudar en lo material. Cosa muy dificultosa me pareció todo lo que Jesús quería, pero lo creí; creí que siendo él omnipotente, a mí no me tocaba más que obedecer y callar hasta que llegara la hora de revelarlo.

Sin embargo, siempre que salía de paseo me fijaba en sitios que me parecían a propósito para hacer la casa.

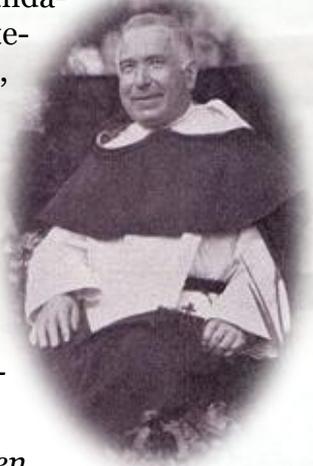
En mayo de 1913 Jesús me dijo en qué casa había de empezar la comunidad de sus amadas y me agradó mucho. La casa aquella que me indicó Jesús estaba entonces habitada por sus dueños.

Todo esto lo guardé en mi corazón, sin manifestarlo a nadie como deseaba Jesús, hasta que llegara la hora. Cuando entendí que aquel convento edificado sobre el río de gracias era el que Dios quería hacer, no cabía en mí de gozo» (Autobiografía, ms. 1, 191-195).

Quando siendo profesora solemne en el Monasterio del Corpus Christi de Salamanca iba, con la ayuda del padre Juan González-Arintero, O.P., dando los primeros pasos

para llevar a cabo la nueva fundación, y se encontraba con dificultades sin cuento para ello, afirma: «...*levantaba los ojos a Jesús, y en los de él y en su Corazón me parecía ver escrito: “No haces tú la fundación sino yo. No es obra de criaturas sino mía”*. La paz y tranquilidad que esto me daba, me hacían fuerte y animosa en medio de las contrariedades que iban siempre en aumento» (*Autobiografía*, ms. 1. 293).

Y, porque el Corazón de Jesús, lo quería, a pesar de tener María Amparo muy pocos años y menos salud, de contar solo con otras dos jóvenes –una profesa solemne y una novicia como compañeras de fundación–, de escasez total de bienes materiales, de casi ningún apoyo humano, a no ser el incondicional padre Arintero, el 17 de enero de 1920 llegaba este bendito padre al monasterio del Corpus para comunicarle la buena nueva de que en Roma, contra todo pronóstico, sí habían concedido las licencias para la fundación. Lo narra así en su *Autobiografía*:



P. Arintero

«*El Sr. Obispo me había dicho en los últimos días de septiembre (del año 19), que se pedirían las licencias ense-
guida, pero no debió ser tan pronto, porque no estuvieron hasta la octava de la Epifanía (del año 20). Al padre Arintero le comunicaron la noticia el 17 del mismo mes, e inmediatamente fue al convento a decírmelo. Llevaba un sobre en la mano y me dijo visiblemente emocionado: —A ver, hija mía, si sabe lo que traigo aquí. — ...No, padre, no sé. —...Mire a ver si acierta. —...No, padre, no*

acierto. —...¡Las licencias, hija mía, las licencias para la fundación! ¡Concedido todo como se pedía!... Yo no sentí la menor impresión de alegría, parecía que no iba aquello conmigo. ¡Cosa más rara! El Padre sí se mostraba muy contento. “Vamos a rezar el santo Rosario y el Te Deum en acción de gracias, hija mía —me dijo el padre—, pero avíseme cuando hayamos rezado las diez avemarías, porque suelo equivocarme y rezo de más o de menos”... Después tratamos de la compra de la casa, para venir el padre a determinar la obra necesaria para convertirla en convento.

Cuando marchó el padre, fui presa de gran emoción. Nuestro Señor, reprochándome mi incredulidad, me representó en un punto tantas gracias y luces como me había concedido durante mi vida y con cuánta desconfianza le había correspondido. Fue algo muy divino y muy doloroso lo que experimenté entonces. Era que él quería prevenirme y fortalecerme por los trabajos que nos esperaban, pues nos quedaban pasos muy difíciles de superar» (ms. 1, 309-310).

Ya tenemos a madre María Amparo con las licencias en la mano y dando los últimos pasos camino del nuevo monasterio, ese que, siendo niña, había visto edificado sobre un río de gracias que brotaban del Corazón de Jesús y al que venían a beber muchas almas: clarisas como ella, sacerdotes, consagrados de diversas congregaciones, y muchos seculares. Esa fundación que el Corazón de Jesús le reveló más adelante deseaba realizar para su recreo y descanso, y en la que morarían muchas almas entregadas —víctimas escondidas— por la santificación de los sacerdotes y almas consagradas.

Sí, todas aquellas revelaciones las guardaba, como María, en su corazón, pero ahora cuenta con las licencias y con una pequeña casa para acomodar el nuevo convento, lo demás, ¿cómo se realizará? La experiencia le lleva a abandonarse plenamente en Dios, que no abandona nunca a quienes en él confían.

Por ello, en vísperas de partir para su nuevo monasterio de Cantalapiedra, el 30 de mayo de 1920, escribe: *«Tengo en mí un gran tesoro si quiero sacar provecho de él. Este es una firme confianza en Dios, fundada en la experiencia que tengo de que jamás falta el Señor a lo que promete... Por esto he resuelto no poner límites a mi confianza».*

Y como el Señor nunca falta a lo que promete, iría dando fiel cumplimiento a todas sus promesas.



Primer monasterio, situado en la plaza de la villa de Cantalapiedra

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS QUE VIVIERON CON MADRE MARÍA AMPARO

En esta preparación y posterior celebración del centenario, es obligado traer el testimonio de las hermanas que vinieron con madre María Amparo a la fundación. Fueron estas sor María Patrocinio de San Francisco, profesa de votos solemnes; y sor María Francisca de Jesús, novicia. A estas dos se unió la joven Magdalena Martín González, primera postulante del nuevo monasterio, que ingresaba el mismo día de comenzarse su andadura. En este boletín trataremos de sor María Patrocinio de San Francisco.

SOR MARÍA PATROCINIO DE SAN FRANCISCO

Nació en Tarazona (Zaragoza) el 15 de noviembre de 1886. Ingresó en el Monasterio del Corpus Christi de Salamanca el 26 de junio de 1913, siendo connovicia de madre María Amparo, quien acababa de ingresar el 19 de mayo de ese mismo año 1913.

Allí vistió el hábito de clarisas e hizo sus profesiones simple y solemne. Y aunque profesó como hermana lega, pasó a hermana de coro al venirse al nuevo monasterio, con el fin de poder desempeñar en él el oficio de vicaria, al ser la única profesa solemne, junto con nuestra madre, que componían la naciente comunidad.

De su valioso testimonio sobre madre María Amparo entresacamos lo siguiente:

El día 25 de junio de 1913 al ingresar como postulante en el Convento del Corpus Christi de Salamanca, conocí a nuestra querida madre Amparo, que había entrado allí poco tiempo antes. En los primeros días no me di cuenta



de lo que era esta querida madre, pero, al poco tiempo, comprendí que su alma estaba muchísimo de las demás, pues tenía una cosa que llevaba a Dios.

¡Qué hermosa era en su porte mi queridísima madre! ¡Hermosa! Se puede decir, porque la hermosura del alma le transformaba el cuerpo, no se le pegaba nada de la tierra; parecía hecha de pedazos de cielo. Siempre se la veía abismada en Dios, muchas veces le hablábamos y parecía que no nos atendía, tan absorta estaba en él, y le decíamos: «Madre mía, ¿dónde está que no me atiende?». Y nos contestaba: «Dejadme hacer oración».

Era afable con todos; los que la trataban se quedaban entusiasmados y trocados, pues todos deseaban ser mejores y cambiar de vida.

Muchos seminaristas le escribían pidiéndole consejo, y como nuestra madre estaba llena de Dios, disipaba las tinieblas que envolvían sus almas y recobraban la paz y la vocación. Los obreros cuando la veían se alegraban muchísimo; sabía tratar y se amoldaba a todos según su posición y condición.

Era caritativa con los pobres y trabajadores; muchas veces a los más ancianos los llamaba aparte y les daba

una peseta, a otros pan y tocino; en cambio a otros les reñía fuertemente, y a pesar de eso buscaban ocasión de encontrarse con ella y la miraban sonriendo y sintiendo que nuestra madre se disgustara, pero cuando veían que su mirada era complaciente, se ponían muy contentos y decían: «No está enfadada la Madre». Nosotras le decíamos: «Madre mía, ¿cómo riñe tanto a los hombres?», porque los reprendía como nos reprende a nosotras, pero nadie se lo tomaba a mal, al contrario, la respetaban y querían como a santa.

Nuestra madre querida no nos dejaba pasar, no digo una falta, pero ni siquiera la menor imperfección. Por lo que a mí toca puedo decir que me corrigió con todas la energía de su alma, que era mucha, pues así como era de santa, era de enérgica. Si acontecía el que tuviésemos alguna ligera falta de cordialidad, nuestra madre nos reprendía severamente a las dos interesadas y así quedábamos ambas humilladas y enmendadas; es que tenía un acierto especial para hacer adelantar a las almas en el camino de la perfección.



A las de temperamento altivo las humillaba, a las pusilánimes las alentaba; para todas tenía las medicinas eficaces que requería su enfermedad espiritual. Era toda para todas, iqué amena su conversación, qué puras sus

palabras y sus obras! Se olvidaba de sus penas y tribulaciones, ¡que eran tan grandes!, por hacernos la vida amable a nosotras; siempre decía: «Hacer todo por nuestras hermanas, menos cometer imperfecciones», queriendo decir con esto que nos sacrifiquemos siempre por dar gusto a nuestras hermanas.

Siempre nos exhortaba a la unión y caridad diciéndonos: «No permitáis que se rompa la caridad entre vosotras; antes que esto sucediera, mejor querría que ardiese esta casa por los cuatro costados».

No nos toleraba ni la menor imperfección, y nosotras no hubiésemos sido dichosas si nos hubiera faltado su



santa y sabia corrección; gozábamos cuando nuestra madre nos reprendía y decíamos: «¡Qué bien tan grande tenemos! nos sentimos felices sabiendo que si vamos mal vuestra reverencia nos avisa».

Mucho sufrió y mucho gozó esta madre querida, pues como nuestro Señor le hizo gracias extraordinarias, también le exigía sufrimientos extraordinarios.

En fin, no ha habido madre tan querida en el mundo, como lo fue de nosotras esta bendita madre, y aunque ha muerto, su espíritu vive en nosotras, conociendo su constante ayuda y protección, sintiéndonos cada vez más animosas y esforzadas para seguir el camino que ella nos trazara.

CONSEJOS ESPIRITUALES

«...¡Ah, padre mío!, a la luz de la eternidad qué claro se ve todo lo que no es Dios, nada es y en nada se debe tener. ¡Cuántos actos heroicos a los ojos humanos no valen nada a los de Dios y aparecen en su divino acatamiento como cuerpos sin almas; de ahí que en nada los tiene el Señor, ni para él tienen ningún mérito. Es que son muy pocas las almas que saben convertir lo material en espiritual. Por algo nos recomienda san Pablo que no apaguemos el espíritu de Dios, que es el que vivifica nuestras obras, que es como si dijera que no permitamos que se debilite en nosotras ese calor vital y divino del espíritu interior. ¡Qué pena tan inmensa experimento, padre, cuando oigo decir a veces: "Esa alma hace actos heroicos de virtud". Sí, de virtud humana, no divina, pues, para ser tal, es preciso que la acompañe, que la informe otro espíritu que no tiene. Pero no sé por qué he dicho a usted eso, ni cómo me distraje con cosas que sabe usted de sobra, ¡es que me da tanta pena cuando considero almas que muchas almas que parecen ricas, en la presencia de Dios son muy pobres por su culpa!» (Carta de madre María Amparo al padre Pedro Zubero, O.F.M., del 2 de junio de 1932).

Sagrado Corazón de Jesús, creemos en tu amor para con nosotros y esperamos de tu bondad y misericordia la gracia de corresponder cada día más a este amor. Llenos de confianza, y por intercesión de tu humilde y fiel esposa María Amparo, te pedimos escuches y atiendas la súplica que ahora te presentamos, si ha de ser para mayor gloria tuya y bien de nuestras almas. Amén..

GRACIAS CONCEDIDAS POR INTERCESIÓN DE MADRE MARÍA AMPARO

Madre María Amparo, me hice con tu boletín informativo. Desde ese día te rezo dándote gracias por el favor que, intercediendo por mí, se me ha arreglado mi enfermedad. Pues después de ingresada mes y medio, me encuentro en casa y estoy muy bien. Gracias por ayudarme. Sigue intercediendo por mí.

R. Álvarez (Ciudad Rodrigo)

Pedí oraciones a su comunidad y a madre Amparo para que saliese bien una boda, pues había algún que otro problema. Y tengo que darle las gracias por sus valiosas oraciones, pues todo salió de maravilla.

C. M. (Ávila)

Encomendé a madre María Amparo la operación de un implante de cadera de una parienta disminuida mental. Una semana después de la operación, una hermana de la enferma llamó para dar las gracias: todo salió muy bien y la enferma estuvo serena en todo este tiempo. ¡Gracias, madre María Amparo!

Una hermana clarisa (Cantalapiedra)

Le recé a la madre María Amparo para que todo saliera bien con una operación que me tenía que hacer y gracias a Dios todo salió bien y ya estoy recuperada.

Marta Villar (Bruselas)



A. N. H. se ha recuperado maravillosamente y como todas ustedes le han encomendado, como nosotros y toda la familia, a la M. Amparo le envió esta nota para dejar constancia del tema.

A A. le dictaminaron un tumor cerebral lo que, con los antecedentes de su abuela despertó todas las alarmas. En la reunión que tuvieron los padres con el equipo médico de Puerta de Hierro se les informó y se programó la intervención. Se les informó que por los datos existentes sería una intervención larga, pero esta fue más breve y con resultados positivos. La recuperación fue fulminante y la única secuela que se detectó en un primer momento (dificultad de movilidad de su lado izquierdo) remitió a las pocas horas.

Agradezco a la comunidad y le envió esta nota por si la considera que debe incorporarla a la documentación de los favores de la M. Amparo.

M. E. (Madrid)



Nació María Amparo en la villa de Cantalapiedra (Salamanca) el 30 de octubre de 1889. Desde niña sintió una fuerte inclinación religiosa, incrementada por ciertos carismas extraordinarios, que se irían acentuando a lo largo de su vida (visiones, bilocación, profecía...).

A los diecinueve años ingresó en el monasterio del Cister de Arévalo (Ávila), del que tuvo que salir cinco meses después, aquejada de una grave enfermedad.

Durante su convalecencia, tras momentos de grandes oscuridades, luchas y una grave enfermedad, sucedió el desposorio espiritual con la Santísima Trinidad que le fue concedido el 15 de agosto de 1912.

Más recuperada físicamente, aunque de salud siempre débil, ingresaba en el monasterio del Corpus Christi de Salamanca, de hermanas clarisas, el 19 de mayo de 1913. Allí fue dando los pasos habituales en la vida religiosa, aunque en su corazón no dejaba de resonar la visión de un monasterio fundado sobre un río de gracias que había tenido cuando contaba solo diez años de edad.

Y, en efecto, bajo la sabia dirección del padre Juan González Arintero, O. P., el 31 de mayo de 1920 comenzaba la andadura del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús de Cantalapiedra. El monasterio nació, dentro de la multisecular Orden de Santa Clara, con el peculiar carisma de amar y reparar al Corazón de Jesús, y pedir particularmente por la santificación de los sacerdotes y almas consagradas.

Madre María Amparo falleció el 6 de julio de 1941, dejando una estela de santidad, reconocida ya por la Iglesia en la heroicidad de sus virtudes, a la espera del día de su beatificación.

PUBLICACIONES SOBRE M. MARÍA AMPARO

- *Cuando el Amor es entrega*. Biografía. Por Paloma Tena. P.V.P. 9 €

- *Una obra de amor. Epistolario entre M. María Amparo y el P. Juan González-Arintero*. P.V.P. 10 €

- *Espigando*. Anécdotas. P.V.P. 2 €

- *La estigmatizada de Cantalapiedra*. Espiritualidad. Por P. Gaspar Calvo, OFM. P.V.P. 4 €

- *La santidad una amable manera*. Espiritualidad. Por P. Gaspar Calvo, OFM. P.V.P. 4 €

- *Trigo de Dios*. Pensamientos. P.V.P. 2 €

AGRADECEN FAVORES

Conchita Muñoz (Ávila); M.^a Teresa Satorres (Barcelona); José Carlos Álvarez (Cádiz); Andrés Pérez (Cádiz); M.^a José Cáceres (Cantalapiedra); Anónimo (Cantalapiedra); Rosa Álvarez (Ciudad Rodrigo); Anónimo (Ciudad Rodrigo); Pilar Castro (El Ferrol); Anónimo (Fresno); HH. Clarisas (Guernica); M.^a Luisa Varela (La Coruña); Anónimo (La Coruña); Juliana Delgado (Logroño); Max Ebstein (Madrid); Mercedes Oria de Rueda (Madrid); Elisa Aguado (Madrid); Mercedes Moya (Madrid); Lourdes Durán (Madrid); Juani Durán (Marín); sor M.^a Luisa (Dominicas-Medina del Campo); Juli Rodríguez (Medina del Campo); M.^a Elena Tenreiro (Ombre); Ana Brage (Ombre); M.^a del Carmen Navas (Pamplona); M.^a Esther Portela (Pontevedra); José González (Pozoblanco); M.^a del Carmen Rojo (Robledo de Chavela); Paloma Cordero (Salamanca); Ivette Aróstegui (Salamanca); Teodora García (Salamanca); José Montes (Salamanca); Ángel Herrero (Salamanca); Asunción Barbero (Salamanca); Elvira Pérez (San Fernando); M.^a del Carmen González (Santander); Isabel Peralta (Santander); Fermina Míguez (San Sebastián); M.^a Antonia Rubio (Torrejón el Rubio); Esther Calleja (Valladolid); Celia Calleja (Valladolid); Delia Ferreira (Vigo); Pedro Funari (Brasil); Marta Villar (Bruselas).

Para agradecer favores, enviar limosnas, pedir libros, novenas, reliquias y propaganda, escribir a:

CAUSA DE BEATIFICACIÓN MADRE MARÍA AMPARO

Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús

37400 – Cantalapiedra (Salamanca) – España

Tel: 923530039 / E-mail: mmariaamparosc@gmail.com

Los donativos y la compra de libros por medio de: Giro postal o bien a la **Cuenta corriente del Banco Popular: ES30 0075 5701 2106 0354 6944 BIC: POPUESMMDL**